

Rituales del poder en Lima (1735 - 1828). De la monarquía a la república

PABLO ORTEMBERG (2014).

Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 404 p.



Fernando Gómez

CONICET / INSTITUTO DE HISTORIA DE ARGENTINA Y AMERICANA “DR. EMILIO RAVIGNANI” - FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS – UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Desde el título, la obra de Pablo Ortemberg transmite en forma transparente cuál es su temática. El autor ha delimitado su objeto de estudio a partir de distintas coordenadas. Por un lado, la ciudad de Lima es el espacio geográfico tomado. Por otro, el período temporal comprendido entre 1735 y 1828, una etapa en la que se produce el pasaje desde un gobierno virreinal hasta la conformación de la República. En este marco, investiga los “rituales del poder”, que son definidos como un “objeto empírico”.¹ Se trata de los recibimientos de los virreyes, las fiestas de la monarquía, las celebraciones de victorias militares, la jura de la independencia y las posteriores celebraciones republicanas. Todas instancias que van acompañadas con un ámbito lúdico popular generado a partir de bailes, fuegos artificiales, corridas de toros, etc. El propósito específico de la obra es analizar “los usos y diferentes sentidos, a la vez que los cambios y continuidades, de las fiestas del poder real, independentista y republicano”.²

El libro es una adaptación de la tesis de doctorado del autor, defendida en noviembre de 2008 en la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS). Pablo Ortemberg continúa con este estudio el análisis del ceremonial limeño que ya había iniciado diez años atrás con su tesis de grado. La lectura es amena y se advierte el esfuerzo de adaptación al formato de libro. De todos modos, no se trata de una obra de difusión y el constante trabajo conceptual se presenta atractivo para los especialistas pero distante del público en general, un detalle por otra parte coherente con los propósitos de una editorial universitaria como la que se ha hecho responsable de la edición de *Rituales del poder...*

El libro comienza con un prólogo del reconocido especialista Nathan Wachtel –director de la tesis doctoral de Ortemberg–, quien se ocupa de destacar distintos puntos fundamentales de la obra. Entre ellos menciona la ubicación del libro como un estudio de antropología

histórica puesto que conjuga un frondoso trabajo empírico con un análisis detenido y puntilloso del ritual de poder. Este último percibido como “un hecho social total”, siguiendo el concepto de Marcel Mauss.

Luego la obra se divide en cinco capítulos acompañados de una introducción y una conclusión. Además, cuenta en el centro con un pliego de páginas de ilustraciones que suman en total veintiuna figuras de distintas características. Mapas, retratos, banderas, escudos, monedas, trajes y otras imágenes permiten al lector iluminar diversos pasajes del libro pero también encontrarse directamente con el material que el autor ha utilizado en algunos tramos de su investigación para discernir con mayor sutileza los significados de los símbolos.

En la introducción, el autor parte del presente para dar cuenta de la trascendencia de los mitos de origen tejidos a partir de las figuras de los héroes y los calendarios de fiestas cívicas. A continuación, resitúa la problemática del estudio de los ceremoniales considerando las diferentes herencias de las que se va a nutrir la obra en forma crítica. Corrientes teóricas y autores significativos se presentan con sus destellos y sus aportes para el estudio pero también marcando en ocasiones los límites o las diferencias que tiene el autor. Así, comienzan a surgir las hipótesis de Ortemberg con lucidez y precisión cuando señala que el libro cuestiona dos ideas fuertes: por un lado, se opone a pensar que las fiestas coloniales reproducen un esquema invariable y por otro lado, señala su distancia con la hipótesis de que las celebraciones no presentan amenazas al *statu quo* por ser dirigidas desde el poder. Justamente, para el autor, las fiestas son organizadas desde el poder pero se constituyen como una instancia comunicativa donde entran en juego intereses de todo tipo: institucionales, colectivos e individuales. La fiesta contiene fronteras y jerarquías. Además conjuga pactos individuales y colectivos porque, como remarca siguiendo a Roger Chartier, la fiesta del poder une separando.³

1 Ortemberg. *Rituales del poder*, 24.

2 Ortemberg. *Rituales del poder*, 20.

3 Ortemberg. *Rituales del poder*, 26.

La introducción anticipa asimismo que los rituales del poder coloniales contienen una “ilusión” de inmutabilidad que no busca otra cosa que reproducir la hegemonía de la corona en América. Esta afirmación no parece sorprendente pero cobra mayor importancia cuando Ortemberg afirma que la mitopoiesis de 1808 a 1828 se apoyó en las formas rituales monárquicas a pesar de no perseguir fines similares. De este modo, se torna significativo el estudio pormenorizado del pasaje del ritual de fidelidad absolutista al constitucionalista, independentista y luego republicano. Finalmente, también en la introducción, un estado de la cuestión dialoga con la bibliografía sobre rituales tanto del período monárquico como del proceso revolucionario en sentido amplio pero con mayor intensidad en lo referente a la independencia peruana y específicamente a la sociedad limeña que transitó la crisis de la monarquía y la irrupción del nuevo orden independiente.

El primer capítulo versa sobre el recibimiento de los virreyes. Se aborda el procedimiento en general, alternando con ejemplos de ocasiones específicas para señalar que se trataba de un “dispositivo de reproducción de la legitimidad monárquica a través de elementos lúdicos y solemnes”⁴. Siguiendo a Roberto Da Matta y a Norbert Elías, el autor remarca que se trataría de un ritual que refuerza la estructura social pero también presenta oportunidades de poder. Construye y consagra. Resalta asimismo la participación de todas las corporaciones y marca que a partir de 1784 se registran cambios que se condicen con la nueva tendencia que sigue la monarquía: una búsqueda de racionalizar y controlar el ceremonial tradicional.

En el segundo capítulo también se analiza una celebración colonial como fue la jura o proclamación real. Una ceremonia que se realizaba en todas las ciudades y villas del reino. En Lima, las continuidades en el ritual se ven alteradas para la proclamación de Fernando VI, en 1747, porque un sismo sacudió la ciudad unos meses atrás. Así, el evento se usa como estímulo para reconstruir la ciudad. Ahora bien, Ortemberg resalta con sagacidad que si bien los sectores dominantes y las autoridades parecen manipular el ceremonial, eso no significa necesariamente que no creían en él. Otro cambio que observa el autor en las proclamaciones es una paulatina tendencia a la militarización de las fiestas, sobre todo con la llegada al poder virreinal de Manuel Amat y Junient, en 1761. Este militarismo permeó a las elites pero también a los sectores pobres, influyendo en todo el ceremonial. En este segundo capítulo, el autor utiliza variadas fuentes como en el resto de la obra: crónicas, informes gubernamentales y diarios, pero sobre todo las relaciones oficiales sobre

las proclamaciones de los reyes, un documento valioso pero con problemas sustantivos por su ilusión de transparencia. Ortemberg sabe de estos problemas y los resuelve con excelencia. Al respecto señala que dichas relaciones constituyen “artefactos retóricos con valor performativo”⁵. Es decir que crean la lealtad al describirla.

El tercer capítulo aborda el pasaje de las fiestas absolutistas a las fiestas constitucionales. Se destaca el nuevo escenario político que produjo la caída de la Junta Central en la península y la conformación del Consejo de Regencia. En Lima se juró al nuevo poder, pero los mayores festejos de esta etapa tuvieron lugar cuando se proclamó la nueva Constitución Monárquica, que estipulaba mayor igualdad de derechos de los americanos y peninsulares. En términos del ceremonial, las novedades estuvieron dadas a partir de una mayor presencia de notarios, instrucciones y certificados que le permiten al autor considerar una “burocratización de la lealtad”. Además, se presenció una novedosa interpelación individual a todos los habitantes del reino en lo referente al pacto de sumisión. Por otro lado, las cortes legislaron el fin del paseo del pendón real, una ceremonia antiquísima que era percibida como una herencia de los tiempos de Conquista y como tal debía ser suprimida. Es también en este capítulo cuando se aborda el ceremonial que acompañó al despliegue militar de los ejércitos en el Alto Perú. Tanto al enviado desde Buenos Aires en 1810 como al ejército realista que partió desde Lima. El autor aborda particularmente el culto mariano, destacando su trascendencia y remarcando que desde advocaciones diferentes sirvió para “capturar la adhesión local, moralizar a la tropa, superar las desventajas materiales (revitalizando los dispositivos del milagro), y crear sentimiento de unidad, disciplina y espíritu de subordinación en ambos ejércitos.”⁶ Otro rasgo novedoso es el culto al héroe que generan los conflictos bélicos. Con agudeza Ortemberg lo diferencia del posterior culto al héroe patrio señalando que esta primera era una heroificación efímera.

El cuarto capítulo está dedicado al período que se abre con la entrada de San Martín en Lima. El autor destaca la trascendencia que el líder daba a la guerra de opinión y releva algunos aspectos puntuales como el incaísmo, a su juicio idealizado y retórico, proveniente del Río de la Plata. El respeto de los privilegios de la elite limeña fue una de las claves del éxito simbólico que llegó a su máximo esplendor con la proclamación de la independencia. Ortemberg resalta las continuidades que involucró dicha proclamación advirtiendo una

4 Ortemberg. *Rituales del poder*, 53.

5 Ortemberg. *Rituales del poder*, 103.

6 Ortemberg. *Rituales del poder*, 190.

“sustitución semántica por homología de los signos y comportamientos que intervienen en la ceremonia”.⁷ Otro aspecto para relevar las continuidades señaladas es la creación de la Orden del Sol, que tenía jerarquías claras y distribuía premios al mérito patriota.

En el quinto y último capítulo, se analiza la etapa que comienza con la renuncia de San Martín. Para el autor, la república erigida encontraba su fuente mayor de legitimidad en la liturgia religiosa. Por otra parte, continuaban las premiaciones y distinciones pero el incaísmo y el ceremonial solar creado por San Martín decayeron. Son tiempos en los que el calendario cívico se nacionaliza y se torna exclusivamente peruano. Finalmente, el autor trabaja con sutileza la llegada de Bolívar, el recibimiento simbólico positivo y su posterior declive hasta tornarse en el “tirano colombiano”, un proceso de “desbolivarización”, simultáneo a la “peruanización” del ceremonial.

En las conclusiones, Ortemberg retoma el análisis global remarcando la sustitución de emblemas que se fue dando en el marco de una persistencia de los rituales que, de este modo, contienen “engañosas inmutabilidades”.⁸ El autor señala cinco tipos weberianos que “pueden estar presentes con mayor o menor predominancia en una fiesta de poder”. El primero es el promovido por la autoridad buscando el orden y la identificación política. El segundo uso concierne a la competencia por el capital simbólico. El tercero es el de redistribución del poder mientras que el cuarto refiere al mensaje paradójico que se genera cuando el festejante es también festejado. El último, revés del primero, excluye a la autoridad y se da cuando la fiesta contiene la posibilidad de un contrapoder.

El libro de Ortemberg presenta un trabajo meditado y sólido. El autor avanza a paso firme y seguro, con prudencia cuando las fuentes no lo permiten y con destreza cuando resignifica y contextualiza diversos símbolos y referencias. Son pocos los señalamientos críticos que pueden hacerse y por ello plantearemos sólo dos matices o interrogantes. En primer lugar, encontramos en distintos pasajes la categoría “régimen de cristiandad”. Ortemberg la utiliza, por un lado, para dar cuenta de la inexistencia de una separación de las esferas religiosa y civil y, por otro lado, para resaltar la continua presencia de la religión cristiana en la dinámica política colonial y revolucionaria. Considerando la primera alusión, contemplamos que el autor, con agudeza, se ocupa de resaltar que dichas esferas sí “se distinguían en tanto jurisdicciones en permanente convivencia y tensión”.⁹ En esta línea, es necesario remarcar que más que una

inexistente separación de esferas, lo que el régimen de cristiandad presupone no es otra cosa que el sustento jurídico de la Iglesia a partir de la protección regia así como la imposibilidad de practicar otras creencias u otra religión en forma legal.¹⁰ De esta manera, el concepto de “régimen de cristiandad” es esclarecedor para percibir la lógica institucional y los límites determinados a partir de la legislación. Sin embargo, pierde en buena medida su utilidad e incluso se puede tornar en un obstáculo cuando de lo que se trata es de analizar la práctica política y justamente el libro de Ortemberg toma distancia de una perspectiva institucional o legal y analiza a la autoridad y el poder desde la práctica.¹¹ Claro que la práctica no está dissociada de los marcos legales ni de sus delimitaciones pero si estos últimos la condicionan y en algunas ocasiones la restringen en forma efectiva, siguen igualmente estando lejos de explicarla.

El segundo matiz que nos ha dejado la lectura del libro radica en determinados pasajes en los que a nuestro entender el autor sobredimensiona el papel del ceremonial en el ejercicio del poder. No se puede más que compartir su definición dialéctica de los rituales no solamente como reproductores de poder sino también, y al mismo tiempo, como creadores de poder. Ahora bien, esta dialéctica por momentos deja lugar a una ponderación del ceremonial por encima de las instancias bélicas, políticas o jurídicas más terrenales que posibilitan las condiciones necesarias para el desarrollo de los rituales. En el comienzo de la obra, Ortemberg trae a cuenta a la antropología política. Menciona los aportes de Clifford Geertz y Georges Balandier, para quien “todo poder legítimo dirige el poder real por medio de lo imaginario”.¹² En este sentido, es comprensible que el autor haya explicado con detenimiento y profundidad las prácticas ceremoniales desplegadas por José de San Martín en su ingreso a Lima, pero que no haya dedicado esfuerzos a desarrollar la presencia militar que acompañaba desde el sur al General nacido en Yapeyú, aún cuando admita que la reorganización militar era prioritaria. Ahora bien, el objetivo del libro es ciertamente analizar los rituales de forma tal que se vuelve inobjetable la ausencia del proceso material más amplio. De todos modos,

¹⁰ En sus estudios sobre la iglesia Enrique Dussel había dedicado un capítulo a estas problemáticas titulado justamente “Epoca de la independencia: (de un régimen de cristiandad a un régimen de civilización profana: siglos XIX y XX)”. Véase Dussel, Enrique, *Hipótesis para una historia de la iglesia en América Latina*, en Barcelona, Editorial Estela, 1967. Disponible en <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/otros/20120131113444/4cap3.pdf>. Trabajos recientes de Roberto Di Stefano profundizan el concepto con agudeza. Roberto Di Stefano. “¿De qué hablamos cuando decimos 'Iglesia'? Reflexiones sobre el uso historiográfico de un término polisémico”. *Ariadna Histórica. lenguajes, conceptos, metáforas*; Núm. 1 (Bilbao 2012). Roberto Di Stefano. “De la cristiandad colonial a la Iglesia argentina. Perspectivas de investigación en historia religiosa de los siglos XVIII y XIX”. *Andes*, núm. 11. (Salta 2000).

¹¹ Di Stefano diferencia monopolio jurídico y creencias y prácticas religiosas diversas. Véase Roberto Di Stefano, “El monopolio como espejismo”. *Corpus*, Vol 3, No 2 (2013).

¹² Ortemberg. *Rituales del poder*, 20.

⁷ Ortemberg. *Rituales del poder*, 242.

⁸ Ortemberg. *Rituales del poder*, 361.

⁹ Ortemberg. *Rituales del poder*, 44.

en la medida que ese proceso influye y condiciona al ceremonial, podría otorgar mayor densidad al análisis.

A fin de cuentas, la obra de Ortemberg constituye una recomendable lectura no sólo para los especialistas en

la temática sino para todos aquellos que se preguntan sobre una problemática tan amplia como irresoluble con simplicidad como es la construcción de legitimidad política y los pilares en los que se cifran el poder y las autoridades.